

Distanciamiento inquietante

ENTRE los elementos más delicados de nuestro actual cuadro político, destaca un progresivo distanciamiento que se nota entre el régimen y los sentimientos de las generaciones juveniles.

En parte, son jóvenes que no vivieron el marxismo ni el movimiento libertador de 1973. Otros, en cambio, alcanzaron a participar en tales experiencias como adolescentes, pero ya han superpuesto a ellas toda la vitalidad, mucho más significativa para sus vidas, de las realidades propias de su madurez.

No está en el propósito —ni en las posibilidades— de estas breves líneas profundizar en el apasionante tema juvenil. Sólo me interesa consignar que así como durante largos años la juventud constituyó uno de los factores de apoyo más importantes y entusiastas para el actual Gobierno, dicha realidad tiende hoy a variar.

No podría menospreciarse el impacto negativo que al respecto juega la crisis económica, particularmente con el desempleo que se cierne para el joven como fantasma de incertidumbre o frustración.

Sin embargo, a mi juicio, en la raíz del problema está también el desencuentro que últimamente se ha ido produciendo entre las aspiracio-

nes juveniles y la actitud gubernativa predominante frente a ellas.

MIENTRAS la juventud busca validar sus juicios y acciones en desafíos con proyección de futuro, el lenguaje oficial suele aparecer repetitivo o anclado en hechos ya pretéritos.

Mientras la juventud desea ser actor y participe del presente, contribuyendo así desde ahora a plasmar el porvenir, el lenguaje oficial suele circunscribirle su papel al de mera destinataria o heredera de lo que hoy se realiza.

En fin, mientras la juventud desea conocer las distintas tendencias de pensamiento político y colaborar a construir las alternativas de nuestra futura democracia, el lenguaje oficial suele sonarle teñido de descalificacio-

◆ **“La inquietud política juvenil es inherente a una transición democrática. Sería fatal dejar a los añejos opositores clásicos como la presunta respuesta a ello”.**



nes generalizadas hacia la actividad política en cuanto tal.

Incluso, el anotado fenómeno desborda el ámbito juvenil.

El colapso de nuestro sistema democrático ocurrido en 1973 hizo necesario todo un análisis crítico de las fallas que lo habían erosionado hasta derrumbarlo. El imperativo de hacer conciencia al respecto exigió desmitificar nuestra institucionalidad previa a la intervención militar, denunciando crudamente sus profundas y capitales deficiencias.

Pero la aprobación plebiscitaria de una nueva Carta Fundamental en 1980 culminó un largo esfuerzo por dar forma a una nueva institucionalidad, capaz de favorecer una democracia moderna, eficiente y estable. Quedó también asumido el compromiso de encaminarse gradualmente hacia la plenitud democrática, en los plazos y la forma allí establecidos.

ELLO debería haber acarreado un marcado cambio en el estilo, el lenguaje y la actitud gubernativa que, hasta ahora, distan de advertirse en la medida necesaria.

Así, de las críticas a los vicios de la anterior institucionalidad política, el énfasis debiera trasladarse a reafirmar la fe en la democracia y en los ingredientes rectificadores y creativos que incluye su formulación en la Carta aprobada.

Del ataque al cuadro partidista y a las malas prácticas políticas que hicieron crisis en 1973, el acento debiera girar hacia el estímulo de la formación de los políticos, las tendencias y los hábitos cívicos que requiere nuestro futuro.

Y son esas las evoluciones que no se registran.

La creciente inquietud juvenil por la política es inherente a una transición democrática. Resultaría fatal dejar a los añejos opositores clásicos como las presuntas respuestas válidas al efecto. Abrir o extender otras mejores es urgente.